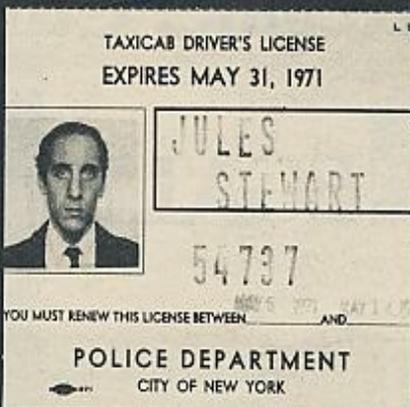


UN TAXISTA EN NUEVA YORK

Jules Stewart fue taxista en Nueva York; hoy es residente en Madrid y escribe en castellano. Nos envía el relato verídico de una jornada de taxista en Nueva York.



ES a las seis de la madrugada cuando más hechizo tiene esto. Los faros del coche luchan sin mucho éxito con una oscuridad impenetrable, formada de nubarrones negros atraídos desde las chimeneas industriales por la bruma. Salpica rítmicamente el agua de la calle cortada por los neumáticos del coche... acompañando un silencio de ciudad adormecida. Bajando por la Novena Avenida... ¿acaso existe para el turista francés la Novena Avenida? Una vaga reflexión, nada más... el humo que sale de la alcantarilla... sabe Dios qué podrá haber debajo de esas pesadas tapas de hierro... da una sensación muda y fantasmagórica, algo así como Nagasaki a la mañana siguiente.

Esto, a todo parecer, es una cosa de proporciones alarmantes. Algo que da lugar a dudas... ¿Y aquí se habrán metido ocho millones? ¿Quién habrá encargado todo esto?

Nueva York... el centro del Universo... no va más de la vulgaridad... paraíso del tendero... sueño de la más despreciable chusma del Viejo Mundo. ¿A qué clase de gente se le ocurre abandonar las raíces de quinientos años atrás y la caña de pescar del pueblecito de Polonia para venirse aquí a poner una lavandería?

Un millón de negros, dos millones de portorriqueños, tres millones de judíos. Se aniquilarán... se comerán unos a otros como ratas enjauladas. A nadie le extrañaría. Pero no... no se matan. Por instinto... por miedo... conviven. Por egoísmo... por desesperación. Cuando se va hundiendo el barco, toda la tripulación echa mano a un cubo como sea. Y es que a pesar de la basura y la anarquía... anarquía puramente artificial... existe un cariño comunal hacia la ciudad. Mejor dicho, una fascinación morbosa, algo que atrae y repele a la vez... que no puedes quitarle la vista, por horrible que te parezca... como un fusilamiento... deliciosa atracción sádica.

Todavía no se ha animado la ciudad. Están llegando los vagones hinchados de gente... silenciosamente bajo el río... el ganado democrático, que viene llegando a Manhattan desde las afueras... desde Queens, triste Queens. Paletos que juegan todos los días a gran ciudad... y vuelven a sus casas... recogidas y olientes a semen rancio... como titeres con los hilos cortados... sudados y enfadados... cuando Manhattan se vacía las tripas.

En la terminal de autobuses de Port Authority espera el primer cliente del día. Una vieja, cansada y asustada, vestida de cuadros de arriba abajo, hace señas frenéticas para llamarme la atención, a la vez que se echa para atrás con cada coche que pasa por no emparejar. Es blanca... la cogeré.

Me dice el nombre de un hotel de elegancia finisecular, de esos que fronterizan el Parque Central. Estupendo... así da gusto. Veinte minutos de recorrido recto, sin tráfico... pasar por el Hilton, a ver si salen ya los congresistas para el aeropuerto, para cogerme uno a la vuelta... y recargo de cincuenta centavos por maleta, por ser vieja, cansada y asustada.

El día amanece espeso y amarillo, como de costumbre. Reclón desayunado, y con la cabeza todavía despejada, trato de ofrecer unas palabras de bienvenida al centro del Universo. La vieja, tímida y rendida, hace un esfuerzo por cumplir con las exigencias de la amabilidad americana, pero se ve que la cuesta y que no tiene ganas. Eso enfada. Está bien... cincuenta centavos por maleta, sin remordimientos de conciencia.

Subimos en silencio por la Sexta Avenida. Empire State Building... Rockefeller Center... cajas de cristal vertiginosas remontan a uno y otro lado del camino, como los costados de un ataúd. Veo por el espejito que la vieja está asombrada, maravillada, como millones de otros que han pasado con el cuello estirado. Se creen que Nueva York es esto. Habrán oído hablar de los «slums» de Harlem o del Bowery, o de los barrios negros de Brooklyn... negros cargados de heroína, tendidos tontamente delante de sus casas... pero no se dan cuenta de que toda la ciudad es así... el chabolismo personificado. Sólo que dos o tres pequeños núcleos de rascacielos eclipsan y oscurecen las miles y miles e interminables filas de casuchas renegridas, medio caldas, que encierran la triste vida de ocho millones de siervos automatizados, que no rien sino a carcajadas; que compran lo que se les manda comprar, que aspiran a un porvenir ficticio, infantil, inventado por las alimañas de Madison Avenue. América, asesina de sueños. En eso no se fijan.

Al llegar al hotel, el portero empieza a sacar el equipaje del coche. Yo, por mi parte, empiezo a sumar, a multiplicar, a elevar al cuadrado. La vieja, patética, le mira suplicantemente al portero, como un condenado en camino al paredón. Este, impasivo, tranquilo... se llevará un dólar del asunto. A eso se le llama solidaridad de clase. La vieja me mira... momentáneamente... y baja la vista. Se siente estafada... Intuye que ha habido un timo. Se frunce las cejas... inútil. Sin hacer caso, le doy la vuelta. El portero y yo la llevamos las maletas dentro del portal y me despido de la buena señora. El portero cobra lo suyo y me quita un ojo... poca profesionalidad, diría yo.

Pasa la mañana sin novedad. Una porción de chupatintas, que llevan sus recados de una parte a otra... desalentados de prisa... como si el destino de la República dependiese de su misión. Un basurero que ha perdido su camión... mal rayo le parta... maldición de todo taxista. Norman Mailer, que viene desgreñado de una trasnochada, comiendo un «sandwich»... de vuelta a su casa de Brooklyn Heights... pequeño palacete, estilo colonial, a la ribera del East River.

A eso de las doce, las oficinas del centro empiezan a desembuchar riadas de gente, que va cacareando por la calle en busca de su dispensario predilecto de hamburguesas y pizza. El aire se electrifica como antes de una tormenta. Eses silbantes... mecánografos pintarrajeados coquetean vul-

garmente con horteras de camisa rosada y corbata de flores, estilo babero... más esos silbantes... por ambos lados nacen fantasías lascivas... se les sofocan... el clak-clak de chicles resacados... sonrisas de azafata de avión. No es buena hora para el taxista. Demasiado tráfico. A lo mejor, alguna viejecilla que viene de compras en Macy's o Saks... te das una paliza, Sexta Avenida arriba, para una propina de quince centavos... no dan más, son todas de la vieja guardia. Si se les propone ir con la bandera subida a tarifa fija, para sacarle un poco de jugo al asunto, se indignan... las muy patrióticas... y te cogen la matrícula, y ¡zas!... tras días de suspensión. No merece la pena. Más vale parar en Victor's Café a tomar un «sandwich» y un café con leche... café-café... bendito sea Fidel, o si no, a ver dónde se alimentaba quien tuviera el paladar un poco humanizado.

Lo pegajoso será atravesar el Garmet Center y luchar con esos negritos y boricuas insolentes que van jorobando la circulación con sus carros repletos de ropa... de la fábrica al almacén... sudando, empujando... silbando al compás del transistor colgado del cinturón. Labor de Sisifo a dólar y medio la hora... ojos del Greco y brazos de chocolate.

Hoy está esta parte más alborotada de lo corriente. Hay animación en la esquina de la Calle 38. Una muchedumbre congregada alrededor del carro con sombrilla azul y anaranjada del vendedor de perritos calientes.

Parece ser una cosa seria. Alguna que otra secretaria sale corriendo de entre el gentío, pegando gritos y chillidos de asco. La calle está completamente tapada. No hay manera de pasar... es igual. Dejo el coche en medio de la calle y me acerco a la multitud, que ya llegan a ser unos treinta o más. La gente se pone de puntillas por no perderse un detalle del espectáculo. Uno se apoya las manos en los hombros del compañero de delante y da unos saltitos en el aire. La táctica está clara. Hay que aprovechar el sitio que deja libre ese canguro... rápido... antes de que vuelva a tomar tierra. Unos empujones y codazos discretos y ya se ha conseguido una butaca de delantera. En seguida se ve el centro de atracciones. Allí está, tendido en el suelo... con bigote de manillar y espesas cejas rizadas... el vendedor de perritos calientes. Tiene la frente ensangrentada. ¿Una caída... un infarto? ¿Borracho? La gente está alegre. ¿Una riña, quizá? Tampoco.

El hombre se levanta... despacio... se apoya en las manos... angustiosamente... murmura unas palabras con fuerte acento italiano... se pone de rodillas. Echa una mirada atontada a los espectadores... ya público entendido. Hace unas señas con las manos. La gente da unos pasos atrás para dejarle sitio... se pone de pie. Va haciendo eses hacia nosotros... se para... hace una cortésia extravagante... un payaso de mofletas hinchadas le devuelve la cortésia. El hombre se detiene un momento... fijo. Sonríe

grotescamente y de repente se da media vuelta, baja la cabeza y se echa a correr torpemente hacia la pared. ¡Pum! Se da en el ladrillo. Brota de entre la multitud una salva de vivas y risas a lo Fellini. El hombre se cae insensible al suelo y la gente se le acerca con prudencia. Alguna alma tímida se escapa tapándose la boca... pero la mayoría se queda. Todavía no ha dado la una... no hay prisa.

El hombre, ya de rodillas otra vez, se agarra a los ladrillos. Tose violentamente... da arcadas... se repone... exhala un fuerte suspiro. Luego, echa la cabeza para atrás y ¡plaf!, se da otro porrazo con la pared. La gente quiere vitorearle, pero no les sale. No hay apenas un ruido. Corre por entre los espectadores una vaga estupefacción. Están saciados. Se conoce que hemos entrado tarde, porque el hombre ya no se levanta más. Se va cayendo al pavimento lentamente... con la cabeza apoyada en la pared... dejando atrás una raya de sangre mucosa y algunas mechadas de ese pelo de cantante de ópera que trajo de su pueblo de cal de Sicilia.

Finita la comedia. Un momento de silencio e indecisión, y de repente aparece la Policía. Ya corre de nuevo la fiesta. Gente disparando por todas partes como fragmentos de una bomba... el taxi espera... los motoristas empiezan a pitar frenéticamente. Bien, bien... ya voy. Y seguimos la marcha. Ni pensar ni reflexionar... sólo acelerar... fuera... al Este, donde hay menos coches y menos de todo. A donde sea... a un banco al lado del río... sin gritar y sin dar rienda suelta al deseo de aplastar al primer calzonazo que se me ponga delante. Pero tranquilo. Despacio, si se puede. Hoy ya no apetece trabajar. Descansaré y luego devuelvo el coche al garaje.

El río es mugriento y llamativo, como todo río de gran ciudad. Aquí las sensaciones se deslizan con lentitud. Pasa una barcaza con su carga de carbón, empujada por un remolcador chato forrado por fuera de un collar de neumáticos. Río arriba, un convoy de camiones rueda aparatosamente a través del viejo puente de acero negro. Las ruedas giran y el ruido lejano... el conjunto de la perforadora, de la excavadora, del claxon, del grito del capataz, de los aviones, del llanto del alma en pena... adormece el sentido y tranquiliza el espíritu.

Ciudad horrorosa, monstruosa e inevitable... ¿qué nos querrá enseñar? Crisol de miserias y angustias inimaginables... esperanzas despedazadas en el yunque de hormigón y flores artificiales... de esto, ¿qué sentido, qué humanidad se le puede sacar? ¿Qué consuelo desplegará un amanecer de la cuna infestada de ratas y esos dieciséis millones de ojos que claman ¡ayúdame! Sólo una satisfacción... la de meterse cuerpo y alma en las llamas purificadoras y poder emerger lleso, con el espíritu intacto. De poder exclamar... sin jactancias ni remordimientos... he conocido la mierda. ■ JULES STEWART.